

Víctor Domingo Silva

Más joven aún que otros muchos, Víctor Domingo Silva es el más fecundo de los escritores chilenos actuales; lleva publicados dos volúmenes de versos: *Hacia allá* y *El derrotero*; hasta una docena de estudios críticos y un buen centenar de cuentos, crónicas, impresiones de viaje, así *Las provincias del Norte*, monografías cual la histórica de Valparaíso, comentarios de *globe trotter*, versos ocasionales y dos comedias: *El pago de una deuda*, *Como la réfaga*, y los dramas *Los cuervos* y *Nuestras víctimas*, estrenados por la compañía de Pablo Podestá en Buenos Aires. Colaborador de todas las revistas, mantenedor de juegos florales en Valparaíso, corresponsal de *El Mercurio* en el extranjero, propagandista entusiasta de la literatura argentina y poeta en todas partes, pródigo en riquezas espirituales como ciertos jóvenes aedas del Renacimiento, su labor llena ya dos lustros de nuestras letras en generosa floración de ideal y de ensueño. Ardoroso en su fe de artista, jamás ha claudicado, prefiriendo subir la cuesta de la vulgaridad ambiente cargado con su quimera como el soñador del poema baudeleriano; y es que en este poeta la sombra de Ariel vela como un escudo sobre sus ideales, llena su vida y alarga sus horas hacia el porvenir, tal un nuevo Próspero menos espiritual y más humano.

I

Siempre he creído que una de las cualidades representativas de un poeta joven debe ser la de abandonar á tiempo las andaderas, y si no ha dado con su propio camino fuerza es que se lo abra, como aconsejaba José Santos Chocano. Silva dió con el suyo á tiempo á pesar de la turbamulta de sinzontes ordinarios que seguían los trillados senderitos de un romanticismo tan indigesto como hueco, y que obstruían el camino manteniendo la inercia de una obra anacrónica, entrando de lleno á formar en la avanzada de nuestra evolución lírica. Pero ¿en qué consistió su participación dentro de la literatura allá por los años de 1902 y 1903? Si se recuerdan sus versos tendenciosos con vistas á las cuestiones sociales, ya los habían hecho también Dublé Urrutia y Bórquez Solar; si las bizarrias rítmicas, todo estaba en Pedro Antonio González y en Contreras; si en el amor á la Naturaleza y al terruño, Pezoa Velis se había adelantado con sus poemas. ¿Cuál era entonces esa verdadera trascendencia de su obra que le anunciaba como un altísimo poeta, sobre todo á partir desde aquella memorable velada del Ateneo en la que leyó *Lo que me dijeron las espigas?* Hurgando en las circunstancias en que se dió á conocer Víctor Domingo Silva y analizando los versos suyos publicados hasta entonces por *Pluma y Lápiz*, es preciso creer que lo que más se admiraba en el poeta recién nacido al arte, era la unidad ideológica de sus poemas, la facilidad admi-

rable del verso que en raras ocasiones extremaba los recursos líricos, y por fin, el sentido profundo de reacción que entrañaba contra todas las exageraciones de la época.

Durante el primer lustro del siglo, Víctor Domingo Silva publicó la mayor parte de sus versos que en 1905 aparecieron coleccionados en el volumen de *Hacia allá*. Fué esa una época verdaderamente pobre en cosechas poéticas de algún mérito: de los seis ó siete libros aparecidos durante los cinco años apenas si quedan hoy algunas poesías dispersas, que son como el exponente de los gustos reinantes por ese entonces. Todos ellos, los Dublé, los Bórquez, los Lillo, los Rocuant y los Contreras, habían comenzado extremando la nota ora de los parnasianos, ora de los simbolistas; más tarde dieron estos poetas con sus verdaderos caminos de Damasco, lo cual no justifica en el presente sus locuras de mocedad, que mañana estampará en sus páginas la historia de la literatura chilena.

Impulsado Silva por un ideal más tesonero que el de la pura sensación artística, se echó al campo á vivir mientras otros cultivaban su literatura en el fondo de las bibliotecas ó entre los libros predilectos; entonces se hubiera podido decir de su obra lo que él había de escribir, años más tarde de Pedro Antonio González: «El había comprendido que la poesía que la época y el ambiente necesitaban, era una poesía más humana y generosa, más *sensualista*; una poesía que hablara más á los sentidos y á los nervios; una poesía, en fin, que tuviera nuevas cuerdas en el sentimiento y dejara reposar las que ya no respondían al tacto del artista por demasiado gastadas y vencidas.» Y he aquí, pues, la razón más fuerte que llevaba adelantada ya Silva: sus versos nacían de la agitación de sus horas de

trabajo, de sus decepciones de muchacho, del dolor de la vida que á diario estaba viviendo. Sólo así se comprende al poeta que comenzó rimando sonetines galantes transformado, de la noche á la mañana, en un descamisado lírico, predicador de bellos advenimientos y en los cuales acaso él creía por pura piedad sentimental ó por simple mansedumbre de corazón. Los que por aquellos años pudieron seguir á diario su producción, á través de los cuentos y de las crónicas de John Pencil que se publican en *Pluma y Lápiz*, podrán atar cabos fácilmente para deducir adivinaciones que ni siquiera figuran jamás en la biografía del poeta. Así me he dado á suponer, allegando el testimonio de quienes bien le conocieron, la vida que hacía Silva por aquellos áridos años de cosechas intelectuales: su juventud se anunciaba turbulenta desde sus buenos años de estudiante, sobre todo si hemos de atenernos á los recuerdos de quienes le conocieron antes de su arribo á Valparaíso; luego, más tarde, ante la visión de la miseria cotidiana, ante el trágico estallido de las huelgas y ante el horror de los inviernos crudos y de la existencia ganada á sobresaltos, su espíritu se habituó á comprender mejor la vida que á violentarla; esa pobre vida que todos vivimos á diario y en la que, como él mismo pensaba, «siempre hay mucho más de monstruosidad que de belleza, mucho más del ataque traidor y sangriento que de la sonrisa blanca y poética de la Divinidad».

Nació así el poeta de *Hacia allá*. De la realidad no le era desconocido el dejo amargo que si marchitó en flor su primavera, hizo madurar á tiempo su cerebro de poeta; y ya, en vez de componerle versos á hermosas Tulas imaginarias ó sonetines á cualquiera frívola encantadora, se erigió en cantor

del *beach cumber*, de los conventillos, del gafián á quien la vida arroja como una ola hasta el último rincón bravío del terruño y de los expoliados por el feudo inquilinaje. Y como no era un dilettante, su poesía aportaba un sabor acre á carne enferma y á rebelión justiciera. De aquí, pues, la verdadera humanidad de sus versos palpitantes, animados por un ideal superior, desdeñosos de la retórica y del artificio. Oigamos la voz del poeta en su autognosis lírica:

Mis versos no son sabios. Ni la filosofía
ni la historia los nutren. Amor, melancolía,
odio, nostalgia, ensueño: ¡pasión! he aquí su fuente.
De allí mis versos fluyen en difuso torrente
ásperos ó armoniosos, lánguidos ó bravíos,
oscuros, pero libres; groseros, pero míos.

En la mayor parte de las poesías de su primera época Silva cultivó el más franco sentimiento naturalista, desdeñando los refinamientos demasiado delicados que hubieran podido desviar la finalidad humanitaria é idealista de sus pequeños poemas. Sin embargo, de aquellos años datan también una serie de sonetos y estrofas sentimentales cuyos méritos han pasado poco menos que desapercibidos. Valgan, por ejemplo, esa deliciosa *Balada del violín*, que comienza:

Aquel mozo enfermo y flaco
tocaba el violín al sol
por un sorbo de alcohol
ó un puñado de tabaco;

ó el soneto herediano digno hermano de los camafos de Leopoldo Díaz:

Cuando hasta lo remoto mi pensamiento enarco,
surge de entre las sombras el espectro ancestral
de un bravo aventurero, de un godó rubio y zarco
ó de una moza indígena de pura estirpe real.

Pero no era este el verdadero poeta de *Hacia allá*: el pesimista, cantor de la miseria; el atormentado portavoz de las angustias del suburbio y de las gestas futuras de las vindicaciones: el poeta de *La nueva Marsellesa* y de *Lo que me dijeron las espigas*.

II

De Víctor Domingo Silva se podría decir lo que Unamuno afirmaba de Villaespesa: «Habrà otros más literatos, más elocuentes, más... otras cosas, pero más poetas, no.» Los versos florecen en su espíritu como las rosas del rosal silvestre, son una modalidad del pensamiento; nacen hechos con la emoción que les dió origen, de tal modo la gimnástica del ritmo ha creado en el poeta estados de sensibilidad cadenciosa habituales en fuerza de ser fáciles. Se diría que ciertos órganos sensorios duplican su facultad auditiva en una de transformación melódica que sin ser mecánica es natural como la inspiración de los antiguos poetas; y es acaso por aquello que pensaba González Blanco al decir que «la emoción y el ritmo se complementan mutuamente, y al paso que la emoción vivifica al ritmo, el ritmo profundiza la emoción». Por cierto que tal concepto significa aparentemente la casi negación de todas las teorías parnasianas y de la labor del artífice-artista; mas, si bien se mira, viene á ser una mayor facilidad de trabajo, casi una costumbre de asimilación transformativa, á la cual han contribuido ciertas razones innatas en el

poeta. En ciertos casos la espontaneidad imaginativa suele ser la peor enemiga en la obra del lírico; empero si este verdadero tesoro espiritual está siempre contenido dentro de los límites de la conciencia de una cultura estética regular y sólida, las locuras de la imaginación son á manera de un simple acicate de la abundancia ordenada y duradera. Si en los versos de Víctor Domingo Silva hay estrofas ocasionales, hechas al correr de la pluma, no por esto se ha de condenar su obra en total, como pretendía cierto congénere chileno, refinado hasta las exquisiteces quintaesenciadas. Las emociones de un instante suelen ser la causa de rebalces líricos inopinados, que un médico-criticista denominaría con el nombre de cierta enfermedad peligrosa, algo por el estilo de la *logorrea* de que hablaban Rubén Darío y Omer Emeth; es el caso de Zorrilla, ese tenor de ópera que decía Rueda, de Rueda mismo y de Francisco Villaespesa. Silva ha abusado por cierto de su facilidad como aquel rico patricio de la historia que arrojaba el oro por las ventanas cuando más no fuese para ver los reflejos del sol en las caras de las monedas que iban al viento; de tal modo el poeta de *Hacia allá* es un pródigo de su tesoro espiritual: derrocha la riqueza de sus facultades cual el hombre del cerebro de oro de Daudet. Sólo así se comprende esa fecundidad extraordinaria que va más allá de todos los lirismos, puesto que abarca hasta los géneros más opuestos, desde la crítica de arte hasta el cuento y la novela psicológica.

Como todo convencido de las excelencias de la belleza en lo que respecta á su trascendencia social, y á pesar de ciertos turiferarios que prolongan leyendas de torres de marfiles y de nuevas durmientes encantadas, Silva ha hecho alarde, en sus

versos de juventud y mocedad, de sus preocupaciones sociales y humanitarias volviendo los ojos hacia el arroyo, hacia la vida humilde y el dolor vulgar que después habían de encontrar también su novelista en Cristóbal Zárate (1). De este modo Víctor Domingo Silva recibió su primer bautismo de poeta con *Hacia allá*, á pesar de sus versos de adolescencia que hoy andan perdidos en las revistas, libro vibrante de entusiasmo y de empuje rebelde, fuerte en su fe idealista hasta las más simpáticas utopías. Después de los versos de Dublé Urrutia y de Alberto Ghirardo, que ya habían temido en sus estrofas agrios gestos de anarquismo, las poesías de Silva tuvieron en Chile la trascendencia de una mueca bizarra de atrevimiento, digna tan sólo de una juventud comprensiva y apasionada hasta las más altas excelsitudes. No creo que al dar esta nota de profundo humanitarismo haya pretendido el poeta rebuscar originalidades más ó menos fáciles con las que pudiera revestir las donosas flexibilidades de su estro; por la inversa, su manera lírica no hacía más que responder á la profunda conciencia de un arte vivido y de una emoción substancial retemplada en las hornallas de la lucha por la diaria pitanza. Silva, venido á Santiago desde Coquimbo, no desconocía ciertamente lo que significa el dolor de arrancarle á la tierra huraña el mendrugo, ya que había vivido en el seno mismo de la pampa solitaria donde cierta burocracia, aislada, con pujos feudales, renueva todas las expoliaciones de una nueva era colonial. ¿Acaso no bastaba esta experiencia recogida á través de una niñez humilde para vendimiar,

(1) Seudónimo de Víctor Domingo Silva cuando escribía en *El Mercurio* de Valparaíso.

diez años después, frutos de rebelión? Así, pues, sus versos están llenos de reminiscencias crueles y de evocaciones anárquicas:

Soldado ó marinero cuya escuela de vicio
es el cuartel ó el barco, cuyo eterno suplicio
no es comparable á nada; pájaro de rapina
que los humanos odios adiestran en la riña
á fuerza de mentiras y azotes; mujeres
que montáis desde niñas la guardia en los talleres
y soléis, por la gracia del sorbo ó del mendrugo,
sufrir la doble injuria del macho y del verdugo;
pescador que los sueños de mejores mañanas
hacen perderse un día por las mares lejanas;
guaso de alma sencilla como el terrón salvaje
vencido por la infamia del feudo inquilinaje,
que un día mueres de hambre sobre la carretera
al pie de alguna imagen en quien los ojos fijas,
alzada por el mismo que hozó tu sementera,
que arreó con tus ganados y que violó tus hijas.

Influenciado Silva decisivamente por el movimiento de ideas de fines del siglo pasado y por la más perentoria necesidad de un ambiente abierto á todas las iniquidades del capital y del lenocinio administrativo, se dió de lleno á su tarea de allegar con sus versos un incentivo de entereza moral al corazón de las masas obreras. Reproducía de tal manera el poeta, ó prolongaba más bien la herencia del naturalismo francés aplicado á la cuestión obrera nacional, como ya Zola lo había ensayado, y con él todos sus imitadores cosmopolitas. Por cierto que no era la poesía lírica la más á propósito para realizar un tal intento, pero sí que su acción lograría interesar á muchos en la iniciación del problema. Años más tarde se ha confirmado tal aserto cuando en los días de festividades obreras los versos de Silva se han reproducido en los periódicos populares junto á las arengas anarquistas de

Maláto ó de Hamón. Y es que los arreos de la poesía se prestan fácilmente á dulcificar las drogas más amargas con los solos encantos que les da el ritmo y la imaginación del poeta transformada en azules gafas de ensueño. A pesar de todo no he de pretender afirmar que Víctor Domingo Silva haya puesto su arte al servicio villano de una teoría ó de una clase proletaria aun cuando en la introducción á los poemas de *Hacia allá* estampara la siguiente afirmación digna de conservarse entre sus mejores arreos de juventud:

¡Hora solemne y única! Humilde orgullo mío,
si entonces ya no hallaran mis versos el vacío...
Humilde orgullo mío, si en esa hora inquieta
de todos mis poemas se hiciera un campanario
para tocar á gloria... ¡Quizás soy un poeta;
pero antes que poeta, soy revolucionario!

No. Silva tiene ó tuvo la más honrada y honda conciencia de la poesía que compuso por aquellos sus años de adolescencia. Hoy, transcurridos ya dos lustros casi de la publicación de su primer libro, aun le recuerda el poeta con la sincera emoción que el padre conserva por las primeras audacias de hombre del hijo único, tal vez porque en sus páginas vació la palpitación entera de su alma antes que reflejar la verdad de una vida. Seguramente no es cosa fácil, en una obra madurada de esta guisa, ocultar los muchos defectos que hubiera podido reflejar en sus versos un poeta precoz é innovador por añadidura; agreguemos, además, lo que Silva le anunciaba al lector antes de comenzar su lectura y que, en cierto modo, explica sus sorpresas al dar vuelta á cada hoja:

Mis versos no son prismas para el kaleidoscopio,
ni se pulen á lima. Quizás puedan ser opio

para los bellos ojos que gustan madrigales
ó becquerianas puestas en tarjetas postales.
¿Qué hacer? Yo no he nacido para bordar misivas
que con palabras muertas mienten angustias vivas...
Si escribo es porque siento, soñando, lo que escribo.
Así salen mis versos, tal como los concibo
entre mis fiebres líricas... Mis versos son violentos
y revolucionarios como mis pensamientos.

Silva hacía alarde de rudeza y de despreocupación porque sus versos fueron concebidos así, saboreando á diario la amargura de la misera vida porteña, ya sobre el tablero de una mesa de redacción ó ya en el modesto cuarto de una casa de huéspedes de segundo orden, lejos de las holganzas del dinero y de las seducciones del amor. El poeta hacía vida bohemia por razón de arte y de independencia espiritual, lo cual lo llevó á observar de cerca la miseria del suburbio que ha evocado en algunos de sus mejores poemas como ese triste *Desde los conventillos*, preñado de santa ira y de horror humano. Una historia de poeta romántico, se dirán muchos, pero que, en realidad, es algo de la vida repugnante de los grandes centros, un jirón arrancado al dolor más triste de la expoliación civil: entre sorbo y sorbo un muchacho de vida alegre refiere una noche su encuentro con una de tantas, casi adolescente, que imploraba una moneda y á la que hizo suya .. para soborear el goce del beso vendido en la calle,

Y ¡oh sorpresa extraña! Recuerdo que adoro,
lo que yo en mi vida soñar lo pudiera,
la hembra adolescente que compró mi oro
dejó entre mis manos todo su tesoro,
me entregó la gloria de su primavera.

De este medo evoca el poeta la angustia del arroyo, la tristeza infinita de la miseria que se

revuelve en el lodo fingiendo resignación ó manse- dumbre, la vida del atorrante que mañana caerá atravesado acaso por la primera bala escapada de un fusil entre las amenazas de la huelga, las correrías del rapazuelo á quien le aguarda el hielo de la morgue ó las celdas de una cárcel, la resignación fatal de las ramerás que siguen la ley tirana de sus destinos cazando la moneda; toda esa existencia, en fin, en la cual se codean el gafián y el *beach cumber*, la prostituta de los burdeles y el borracho de las tabernas. Es la vida amarga, ó más bien dicho, la parte amarga de la vida. Y esto acaso acredita en Silva un poeta que ha traído á la poesía, ya que no un sentimiento nuevo, al menos cierto calor de humanidad hasta el momento poco explotado. Tal vez no falte quien advierta en sus versos cierto pesimismo desusado, del cual sacaron provechoso partido los naturalistas extremando la nota de observación hasta la peor de las corrupciones: sin embargo, la sinceridad en Silva habla de un adelantado que ha previsto la verdadera orientación de la lírica americana, á pesar de todas las teorías que prolongan ciertos estetas de hoy, saqueadores de Rubén Darío. No diré que la poesía tendenciosa sea una necesidad artística; lejos de mí tal atentado contra la Belleza, pero tal vez mientras más se acerque á todo humanismo más altos vuelos le están reservados, y el mayor poeta quién sabe si será un día aquel que haya penetrado más hondamente en el alma colectiva de la raza. Este rabioso personalismo que ha caracterizado la literatura de la segunda mitad del siglo XIX podrá engendrar poetas atormentados hasta la angustia como Baudelaire, poetas sutiles hasta la genialidad como Verlaine ó musicales y objetivos como Rubén Darío, pero jamás el tipo del gran creador, del

poeta inconmensurable, un Shakespeare, un Eurípides, un Goethe.

III

Aparte del poeta humanitario con vistas al idealismo anarquista, hay en la obra de Victor Domingo Silva un aspecto sentimental y bizarro, con mucho de romántico y de metafórico, por oposición al pesimismo naturalista de sus versos anunciadores de tempestades. Sin ser imitador de Chocano como buena y desacertadamente ha creído Juan Mas y Pi, hay algo en algunos de sus mejores poemas que responde á la técnica viril del lirismo creado por Díaz Mirón y por el autor de *Alma América*. Bastaría recordar tan sólo ciertos fragmentos de *Bajo el sol de la Pampa* ó de *El derrotero* para advertir ese generoso afán por exaltar el verso hasta una luminosidad escultórica, mediante la imagen atrevida hasta la prosopopeya y la rima suntuosa, que en Silva ha encontrado un cultor entusiasta y apasionado. Lo que ha perdido en estas poesías en trascendentalismo lo ha ganado en colorido y en armonía: el verso se ductiliza, la estrofa pierde su aspereza ruda, la sensación se cristaliza hasta alcanzar esa amplitud luminosa entrevista por Remy de Gourmont en la poesía de Victor Hugo. En esta manera predomina realmente el visual que busca el matiz y se pierde en una orgía desbordante de colores, y confunde y encanta en todos los tonos y en todas las formas como un kaleidoscopio misterioso. La imaginación puede más en su

obra que todas las medidas y que todas las influencias; de tal modo es un poeta nativo como lo fueron Zorrilla y Musset. Sus facultades líricas son ilimitadas: á veces se pensará que ha adquirido la facilidad de la costumbre; así su fluidez creatriz tiene algo del rosal silvestre que en fuerza de llenarse de flores ha perdido la frondosidad de algunas de sus rosas.

La poesía de Silva ha tendido siempre á la representación objetiva del poema; aun las más breves de sus composiciones podrían clasificarse dentro del género narrativo pictórico, cultivado con frecuencia por Rubén Darío y José Santos Chocano; es decir, el poeta, más que divagar sobre motivos líricos con arranques retóricos, sistema predilecto de ciertos románticos atrasados, como Cavestany y Acuña, desarrolla temas rápidos, tales la mueca de un funámbulo en la pista, la vida de un golfo de ojos azules, la contrición de don Quijote ante un Viernes Santo ideal, el arranque lírico de Juan, las desdichas de un rapaz enamorado de las flores, el último instante de Cyrano de Bergerac, los mariposeos nocturnos de las ramerías, el gesto rebelde de un buho simbólico, el desenlace triste de un desgraciado que se aventuró en la Pampa, la miseria negra de los conventillos, la alegoría de ensueño que rodea á Merlín en el bosque encantado, digno símbolo miliunanochesco para un Gobelinos ó una hagiografía. Su lirismo no prodiga, pues, los gestos líricos de los ¡ah! ni los superlativos, ni los apóstrofes; nada de esa hojarasca poética que otra vez hiciera donosos estragos entre polígrafos sabihondos fieles á la retórica. Silva es, ante todo, un poeta sencillito hasta el descuido, enemigo de amaneramientos y amante de la riqueza léxica hasta la incorrección, lo cual si algo le quita en nombre

de la gramática y del diccionario, mucho le abona á la abundancia descriptiva y musical de su verso, que por algo ha seguido de cerca la evolución de la lírica contemporánea para saber á qué atenerse en el manejo de los recursos propios de todo verdadero poeta. Desde sus primeras estrofas, publicadas en la revista *Pluma y Lápiz*, se nota su afán por reproducir sensaciones raras, notas de exotismo, vibrantes de colorido y de vaguedad emotiva. ¿Quién no recuerda aún aquellos endecasílabos magistrales de *Naturaleza muerta* ó los mariposeos deliciosos de *Rimas enfermas*? En esos ensayos de juventud estaba ya entero el poeta de *¿Nunca ya?* y de la sutil *La melancolía de los crisantemos*, que trae á la memoria ligeras reminiscencias de *El pintor Pereza*, de Pezoa Velis. Se dijera que cuando apareció por primera vez en las revistas y cenáculos santiaguinos Víctor Domingo Silva traía ya formada su manera y su temperamento lírico, sin necesitar de influencias fáciles ó de maestros, como más de algún maldiciente ha pretendido buscarle dentro y fuera de la tierra nativa. En su corta vida de principiante apenas si conoció los tanteos que para otros tienen las prolongaciones de un calvario. Cuando aun era estudiante de humanidades leyó con asiduidad á Rubén Darío, á José Santos Chocano y á Pedro Antonio González; así me lo figuro deslumbrado ante la pedrería maravillosa de *Dantesca*, ese florón lírico estupendo de la poesía castellana, y ante las armonías magníficas de la orquesta de *Prosas profanas*. Silva se formó en esta escuela; siguiendo á tan preclaros portaliras, buceó en los jardines secretos de los matices, y nuevo Aladino de una conseja dorada, dió con los prodigios de tales alquimias. En González aprendió la riqueza de la rima y los secretos del ritmo y en

Rubén Darío esa plasticidad colorista admirable que destaca sus poemas sobre fondos delicadamente exóticos. Como todo estudioso, fué hacia ellos con la unción del peregrino que de luengas tierras llegó á beber el líquido sagrado en la fuente de Castalia; en esa larga gestación de la personalidad mantuvo el cultivo del lirismo propio en el aislamiento del trabajo porfiado é inteligente; así nacieron sus versos olorosos á tierra fresca, como *El campo alegre y bueno*:

¡Qué lindo! ¿Cierto? Se llena el día
con el aliento de la alegría,
y tú también.
El viento llega de las quebradas,
y da en tus hebras enmarañadas
su olor de boldos y de maitén;

y esa *oda ingenua* de *La selva florida*, llena de primavera y de ensueño, puesta en el marco de oro de la memoria de una dulce desconocida:

Atraes, turbas, rechazas...
y no hay poder que destruya
la dulce alianza que abrazas:
la sangre de cuatro razas
se funde en la sangre tuya;

ó *¿Nunca ya?*, primor de factura y de sentimentalismo delicado y uno de los mejores poemas que hasta hoy nos haya dado su musa ingenua:

¿Nunca ya tu mano breve,
mitad ámbar, mitad nieve,
me enviará
otra dulce carta escrita
con su letra menudita?
¿nunca ya?

De este modo la variedad de su lirismo responde á lo que más tarde había de escribir en el estu-

dio sobre *La poesía argentina*: «El poeta, el poeta que quiere dejar un nombre, estampar una huella propia entre los de su generación, tiene derecho á buscar en cualquier parte el agua que fecundando sus raíces espirituales le haga producir la flor y el fruto que perpetúen su nombre.» *Hacia allá* y las poesías selectas de *La selva florida*, publicadas por *Ideas y Figuras* de Buenos Aires, corroboran hoy ampliamente este juicio de autocrítica, pues sus versos nacieron de los sentimientos más opuestos: ora de un arranque revolucionario y como un eco del ambiente atormentado por todas las ideas sociales del siglo, ó ya de una sensación amarga, tal *La cuna vacía*, elegía preñada de amor y de amargura.

No ha muerto, no, no ha muerto.
Ni siquiera se ha ido.
Siempre está con nosotros, aunque no haga ruido
ni sus ojos enormes nos sonrían como antes.
¡Siempre está con nosotros!
No hay horas, no hay instantes
que algo, en la casa muda, no nos recuerde el día
en que, al verle en su cuna, creímos que dormía.

Toda esta variedad pintoresca de metros y de sensaciones y esa riqueza de consonantes, de vocablos y de valores armónicos justifican la flexibilidad de la lírica de este poeta que ha recorrido todas las escalas poéticas, desde el verso más simple hasta las orquestaciones del poema. Advertía antes ya que de la técnica de los maestros hizo suyas cuantas innovaciones creyó oportunas, sin recurrir al calco ni comprometer la conciencia de su absoluta libertad individual de artista. Esto, que para un poeta poco absorbente puede tener resultados lamentables, como lo ha probado el propio Silva en el caso de Ricardo Rojas y de Gustavo Caraballo, imitadores de Leopoldo Lugones, ha sido en

él escuela de cultura, y ¿por qué no decirlo? de prueba. No he de negar ciertamente que en más de alguno de sus poemas se adviertan ciertas reminiscencias de grandes líricos como Marquina (el Marquina de *Las Eglogas*), por ejemplo, en *Al galope*, ó Chocano en *El derrotero*; mas, si bien se mira, tales afinidades literarias apenas si son meras coincidencias de las cuales ya el mismo Víctor Hugo hubo de confesarse en cierta ocasión en que un comedido criticaastro le tildó de imitador de Virgilio y del Dante. Pero ¿puede ser este un pecado literario? El padre de *La leyenda de los siglos* hubo de responder á esto encogiéndose de hombros y arrugando el entrecejo; en cambio, D'Annunzio, desdeñoso y olímpico, en igual circunstancia, á un panfletista milanés que le acusaba de plagiarlo, le dijo al oído para que lo revelase en voz alta al día siguiente: «Todo lo que es bello me pertenece»; lo cual entraña el altísimo sentido de una lección para los críticos-urracas que se dan á rebuscar ápices en las obras. En el caso del autor de *Hacia allá* no es menester recurrir á tales extremos: su poesía no necesita de acotaciones ni de parentescos, lleva su tesoro en ella como el ruiseñor del cuento; se supera y se basta á sí misma en todas sus formas é instantes. Si de dar pruebas de consonantar parecidos retóricos se trata, ya, en cierta ocasión, Silva parafraseó unas célebres estrofas de Chocano, bellas y sonoras, con toda la rotundidad metafórica que acostumbra el portalira de *Alma americana*; caso que confirma aquello de que todo buen poeta que se *ressemble s'assemble* cuando lo desea y cuando ese parecido no está en la simple imitación, sino que en el espíritu de la poesía misma; afinidad ésta muy opuesta á la que creía ver Juan Mas y Pi en la introducción á las *Poesías*

completas de Silva. Y en la crítica es un imperdonable defecto cuantitativo trocar la paternidad por la hermandad. El poeta de *La selva florida* y de *Hacia allá* nada tiene que le acerque al cantor de los conquistadores, á no ser esas ligeras reminiscencias de que ya hablaba antes, demasiado dispersas para que tengan importancia. Silva es un poeta lírico en quien el sentimiento priva por sobre los arrestos de la retórica; pero es el suyo un sentimentalismo á la manera moderna, ajeno á todas las sensiblerías románticas, más lleno de espíritu que de corazón. Chocano, por la inversa, nada tiene de esto: de él se podría decir lo que Lemaître de Fenelón:

Libre songeur perdu dans un monde oratoire.

IV

Como una expansión del ideal largamente soñado escribió Víctor Domingo Silva entre los años de 1905 y 1906, y en el curso de amables veladas campesinas, su poema *El derrotero*, sencilla historia de uno de tantos aventureros que en la fiebre del *cateo* se perdió un día en lo más áspero de la Pampa inhospitalaria, como un naufrago en un mar que atrapa sus presas para no soltarlas jamás.

Tiene *El derrotero*, más que muchos otros poemas cortos de Silva, la virtud de una emoción sentida hasta la tristeza infinita, lo cual hace pensar, á veces, en nuevas historias románticas en las que

se renovasen el dolor de Wérter y la angustia de Atala encarnados en un pobre muchacho aventurero prendado de una estrella. Así Pablo, el héroe del poeta, soñador como muchos otros que comprenden la vida por su belleza más que por sus injusticias, tuvo un buen día la desgracia de poner sus ojos en cierta hermosa que correspondió á su humildad de enamorado con miradas furtivas y compasión de mujer inteligente. Pero ¿podía soñar Pablo con el idilio de un imposible ante aquella quimera? No; les separaba un mundo.

¡Están muy lejos, pues! Ella es altura
á que le da derecho la riqueza
paternal, los millones arrancados
al mineral fecundo; él en la obscura
misericordia del taller, en la aspereza
de sus horrendos días desolados ..

Sin embargo, ilusionado Pablo como el peregrino de la leyenda que iba tras la mariposa de un ensueño, pensó en el recurso del oro que salva la distancia de los prejuicios y satisface las exigencias del amor. ¡Si él fuese rico! ¿No se lo había recordado la amada ideal? Partió, pues, una mañana hacia el desierto que conocía, y quiso su buena estrella que en la primera busca un indio viejo, agradecido ante la bondad de su corazón generoso, le confiara los papeles de cierto derrotero que le daría el secreto de un rico mineral. Lleno de fe y de entusiasmo, imaginó su ardiente fantasía palacios suntuosos, montones de oro, ojos anhelantes que le buscaban y la prometida sonrisa de la amada. Siguiendo las huellas de su destino se aventuró hacia el interior de la Pampa en busca de su fortuna; y anduvo, anduvo, anduvo con los de la caravana, mientras

La camanchaca les cubrió la senda,
les entumió los músculos la escarcha;
pero ellos, como espectros de leyenda,
reanudaron intrépidos la marcha,

hasta que un día les asaltó la muerte en medio de la jornada. Cayeron todos, uno á uno, en medio del desierto inhospitalario, bajo el beso de las estrellas y sobre la tierra humedecida por sus alientos, y allí quedaron á merced de las crueles intemperies de la suerte más amarga que jamás presenciaron las montañas y las aves.

Y esparciéronse al viento, como flores
de un siniestro jardín que hozó el destino,
los huesos de los bravos cateadores
perdidos en mitad de su camino.

Aquí un fémur, roído y calcinado,
abrióse en cruz como en señal de duelo
y allá quedó, sobre el erial clavado,
un puño roto amenazando al cielo.

Junto con ellos se quedó Pablo, muertas con él en flor las ilusiones de su juventud temprana, en el páramo triste que guarda las angustias y las agonías de los cateadores. Quiso encontrar en el oro que oculta el vientre de la Pampa hurafia y salvaje el pago de un amor imposible y

¡Partió, y no ha vuelto más! Huérfano inerme,
soñó un tesoro y encontró el olvido.
Soñó, y ahora junto al perro, duerme,
que le amó vivo y le acompaña muerto,
bajo algún farellón desconocido
del rincón más salvaje del desierto.

Así termina este poema doloroso, triste y humano, en que el poeta puso algo de su alma atormentada y no pocos sueños de su juventud. En la

lirica del poeta, *El derrotero* marca perfectamente un instante de la evolución de su verso hacia un mayor colorido y hacia una exaltación de la poesía sentimental que tiene ciertos puntos de contacto, como ya advertía antes, con los poemas románticos; de tal modo la emoción traiciona á veces cierta angustia y ciertas situaciones enternecedoras hasta la sensiblería. Además, los recursos de la propia historia: la carta del enamorado; el hecho mismo de que la heroína esté tan lejos del protagonista en la escala social cual las princesas de los pajes en las baladas de antaño; su ternura compasiva; las circunstancias del auxilio; todo, en fin, contribuye á colocar *El derrotero* en el plano de un romanticismo moderno, lleno de excelencias y de defectos. Empero junto á sus muchos desvíos de forma y de fondo, triunfa siempre en el poema el verso rico, abundante, sonoro, fiel arreo de una imaginación ardiente, casi desbordante. El poeta no se concreta solamente á narrar, sino que entona el conjunto robusteciendo las rimas y exaltando, mediante todos los recursos musicales, la estructura del verso y la armonía del paisaje gracias á la imagen pintoresca, como el fondo de un cuadro antiguo que contribuyese á destacar los contornos de un retrato ideal. Así, dice el poeta al recordar un río que adornaba el campo:

...un río que se encoge y se dilata,
que se estremece al irse abriendo calle
lo mismo que un elástico de plata...

y más adelante, en una figura altamente expresiva como una pincelada, dice que

¡La tarde es el recuerdo de la aurora!

¡La aurora es el ensueño de la tardel

en las que se adivina, sin mucho esfuerzo, al poeta lírico de verba rica que ha aprendido en Víctor Hugo el esplendor de las metáforas, soberbias como águilas caudales prestas á remontar el vuelo.

En la obra de la renovación de los recursos líricos del poeta *El derrotero* sintetiza la segunda etapa de su ascensión estética; más tarde, en su afán de dar con el verdadero secreto de la forma que fielmente traduzca las mutaciones del pensamiento, sacrificará la tiranía verbal en holocausto del ritmo interior. En su estudio sobre *La poesía argentina*, á que ya aludimos anteriormente, decía: «Creo en el ritmo interior. Creo que ajeno á todo artificio verbal, á toda combinación más ó menos musical de cláusulas, hay un fluido inmaterial, lo más inmaterial, que llega directamente á nuestra alma desde el alma del poeta.» A pesar de todo el sentido metafísico que se desprende de este fragmento de una autocrítica sumamente interesante, se revelan en sus palabras lo que nadie mejor que el poeta hubiera podido expresar; y es á saber el valor trascendental que en el verso le atribuye á la emoción comunicativa, á la sensación de realidad inmanente que va de un corazón á otro como un fluido imponderable y sutil hasta lo inconsciente y lo inesperado de que hablaba Mæterlinck. Y algunas poesías, no de las más recientes, de Víctor Domingo Silva, nos dan la clave de esta su última manera que, según presumo, es la definitiva del poeta, ya que ella traduce el verdadero exponente creador de los grandes líricos: capacidad y poder emotivo para hacer sentir la belleza propia en el espíritu de los demás.